

RESEÑAS

ROJAS OSORIO, Carlos. *Filosofía moderna en el Caribe Hispano*. Universidad de Puerto Rico. Decanato de Estudios Graduados e Investigación. México: Miguel Ángel Porrúa, Librero-Editor. 1997.

Con ocasión del recuerdo de los quinientos años del descubrimiento y del comienzo de la colonización de América, se discutió mucho sobre las características de esa mezcla de culturas que han desarrollado nuestros pueblos y, particularmente, los que hablamos Español.

Recuerdo bien que cuando se hablaba de cultura en general y no de una manifestación cultural específica, se hacía énfasis muy especial en la relación entre modernidad y modernización. No creo que se tratara de un debate meramente ritual con motivo de la fecha. Abocados, como estamos, a las características del mundo contemporáneo considerado globalmente, que exige continuos cambios y reajustes, pero enfrentados también a los graves problemas locales, el asunto es importante. Porque hay que reconocer el gran desbalance entre el proceso de modernización, entendido como formación y acondicionamiento de la infraestructura científica, tecnológica y técnica para la utilización de bienes materiales, y el proceso de modernidad entendido como desarrollo cultural y como adecuación de las instituciones políticas y sociales para responder de manera democrática a los desafíos y oportunidades presentados por el proceso de modernización.

En general, se reconoce que hay un proceso de modernización incipiente, pero en continuo progreso; que contrasta con la falta de modernidad tanto de nuestras instituciones como de nuestra cultura, sobre todo la política. Es común la idea de que en la América hispana no hubo modernidad, ni ilustración, aunque hay quienes consideran que la hubo pero a la manera híbrida como España trató de fundir ilustración con cristianismo, filosofía con teología, fe con ciencia, capitalismo con caridad. Se reconoce, sin embargo, que en cuanto a la modernidad cultural contrasta la fértil imaginación de los artistas con la sequedad mental de los políticos.

En la América de habla hispana esta discusión tiene su propia historia. Todos los pensadores del siglo XIX dedicaron, si no todas, gran parte de sus obras al problema que, siendo el mismo que se discute hoy, tomaba otro nombre: tradición versus progreso. Y aunque la cuestión religiosa siempre estuvo de por medio, las ideas en disputa se fueron secularizando cada vez más. De allí derivaron, inclusive, las ideologías políticas más rancias que aún hoy nos acompañan.

La discusión tuvo su gran apogeo desde la mitad del siglo XIX, y a ella no fue ajena el pensamiento filosófico. Pues bien, aludo a este contexto porque acaba de aparecer un

libro que ilustra de una manera muy erudita el papel que ha jugado la filosofía en ese problema. Se trata de *Filosofía moderna en el Caribe Hispano* del profesor Carlos Rojas Osorio. Más allá de su contenido, que reseña de manera profusa y detallada las principales características y los principales temas de los más reconocidos pensadores de esa área geopolítica, el libro, en el mismo contexto de la discusión sobre la modernidad, suscita inquietudes. Osea que tiene un doble valor. De una parte, su contenido que indica un extenso y riguroso proceso de investigación, y de otra parte, las cuestiones a las que motiva e induce.

Una primera inquietud. Aunque podríamos generalizar, limitémonos al espacio (el Caribe) y al tiempo (finales del siglo pasado y comienzos del presente) que el autor del libro propone y, en ese contexto preguntémosnos, ¿Existe la filosofía moderna? Como disciplina autónoma con objetos de análisis bien delimitados por su propia actividad y herramientas conceptuales adecuadas a ese análisis y, lo que puede ser más importante, con intencionalidades epistemológicas independientes, es dudoso que pueda hablarse de filosofía moderna en ese contexto. No en vano se ha afirmado que la única obra con intenciones, objeto filosófico y conceptos filosóficos es la *Filosofía del Entendimiento* de Don Andrés Bello. No veo, sin embargo, la necesidad de ser tan exigente técnicamente a la hora de evaluar en perspectiva nuestra "tradición filosófica". El profesor Rojas Osorio, resume en una frase –citando a Pedro Henríquez Ureña– lo que podría ser una evaluación de esa tradición: es el "pensamiento de la etapa organizativa de nuestras repúblicas recién independizadas". Y ella, la filosofía, también es un pensamiento en etapa de organización, es decir, en proceso de independencia y autonomía respecto de la difícil sujeción a la teología y a la religión.

Como muy bien lo reseña el libro, lo moderno de esa filosofía es que forma parte de una propuesta cultural nueva destinada a pensar la independencia mental de nuestras repúblicas, puesto que ya estaba dada la administrativa, y en ese mismo proceso hay un intento de la filosofía misma por convertirse en una disciplina autónoma. Por ello tampoco puede ser casual que los autores y las obras a las que en este libro se le denomina filosofía moderna, opten generalmente por el positivismo que, al menos para la época, constituía la "filosofía modernizadora tanto del pensamiento como de la sociedad". Como lo afirma el autor, el positivismo –la corriente de pensamiento más fuerte– es parte de una tendencia modernizadora en filosofía, pero también en la organización jurídica del Estado y de las instituciones, en la concepción del desarrollo económico y social y también en las disciplinas académicas.

Coinciden, entonces, dos cosas: el proceso de independización de la mentalidad, jalonada por una élite ilustrada, contra la mentalidad tradicional todavía reinante y el proceso de independencia del pensamiento filosófico. Y ambos procesos tienen un terreno común: la política. El positivismo principalmente, pero también otras corrientes de pensamiento menos sistemáticas como el benthamismo o el sensualismo o los incipientes socialismos, prodigaron elementos teóricos para crear alternativas a una cultura política anclada en una sociedad ya superada.

Por lo demás esta meticulosa investigación del profesor Rojas Osorio muestra otra faceta de nuestra tradición filosófica y que se hace especialmente evidente en el caso de los pensadores colombianos que el libro cita. Se trata de la veleidad de los autores y su pensamiento, de la sujeción de las ideas a los hechos, al vaivén de los cuales cambian. Eso muestra, además de su incipiencia, el compromiso de la nueva propuesta cultural –del cual forma parte el pensamiento filosófico– con los siempre nuevos sucesos políticos y su continuo deslizamiento hacia la ideología.

Pero eso nos lleva a una segunda inquietud. ¿Porqué, a medida que la filosofía en América latina y muy particularmente en Colombia se ha venido disciplinando, secularizando y alcanzando autonomía también se ha desentendido de la política. Si lo moderno de la filosofía como disciplina es su autonomía epistemológica, el contraste es evidente con esas corrientes de pensamiento que nos muestra el libro en cuestión. Porque resulta paradójico que siendo todavía la política un problema crucial –por ejemplo la construcción del Estado y de la sociedad civil–, aquellas manifestaciones filosóficas menos modernas que las actuales la tuvieran como centro de su preocupación. O, ¿es que a pesar de los intentos académicos por estudiar la política desde la filosofía, aún no tenemos modernidad filosófica? Es por ello que esta lectura nos condujo a pensar los problemas con los que empezamos esta reseña.

En fin, el libro del profesor Rojas resulta importante no sólo por su contenido, por la información que prodiga recogida de una manera muy laboriosa, por la cuidadosa bibliografía, sino también, como hemos dicho antes, por las preguntas que suscita si uno se atreve a leerlo con una perspectiva contemporánea como el mismo autor lo sugiere.

Fabio Giraldo
Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia

BELLO, Eduardo. La aventura de la razón: el pensamiento ilustrado. Madrid: Ediciones AKAL, 1997.

Se trata de un libro de conjunto sobre la filosofía de la Ilustración presentada a través de sus polémicas y contradicciones, lo cual permite apreciar la fuerza y el influjo de esa filosofía sobre la cultura política de la época y sobre la revolución francesa. El profesor Bello comienza por situar la filosofía ilustrada en medio del debate actual sobre la modernidad, para dejar muy claro que se busca finalmente precisar cuál es la herencia o cuáles son las exigencias de esa filosofía a las que hoy no podríamos renunciar.

Frente a la interpretación de Horkheimer y Adorno, quienes creyeron encontrar en la Ilustración el germen de la regresión nazi, el profesor Bello es definitivamente claro cuando escribe: "Habermas, seguidor de la teoría crítica creada por ambos pensadores, no ha establecido tal relación negativa entre el pensamiento ilustrado y el momento regresivo. ¿Hasta qué punto se ha de buscar la causa de las negras sombras del siglo XX precisamente en el Siglo de las Luces, y no en el anterior o posterior?" (p. 19).

El libro deja de lado toda prevención o prejuicio para entrar de lleno en los problemas mismos, pero siguiendo de cerca a dos grandes conocedores de la crisis de la conciencia europea durante el siglo XVIII: Paul Hazard y Ernst Cassirer. Para ambos autores, las fuentes de la filosofía ilustrada están en el siglo anterior, especialmente en Locke y Newton, y más concretamente en su polémica con el dogmatismo racionalista. En el caso de Voltaire y Montesquieu su polémica será contra el absolutismo.

En realidad, la mayor dificultad de esta problemática consiste en articular la teoría del conocimiento con la teoría política y la filosofía moral; se hace necesario entender, por un lado, la influencia del empirismo sobre los materialistas franceses y, por el otro, la polémica que contra el materialismo tendrán que adelantar Rousseau y Kant para elaborar sus filosofías prácticas.

El profesor Bello se ocupa de caracterizar la actividad filosófica de la época en los siguientes términos: "...el filósofo es el hombre de la experiencia, no el del sistema. Significa la reconciliación de la razón y de lo concreto: Descartes y Newton". Varias veces aparecen diferentes elogios a Descartes que revelan lo lejos que se encuentra el autor del libro de cualquier esquematismo: sería más fácil decir que Descartes ha quedado atrás, en el museo de la historia del pensamiento, pero la realidad es otra: su obra, incluso su dualismo, siguieron impulsando la filosofía. Sobre este punto, afirma el profesor Bello: "Pese a rechazar tanto la metafísica como la física cartesianas, Diderot y d'Alembert coinciden en elogiar a Descartes por haberles enseñado a 'sacudir el yugo de la escolástica, de la opinión, de la autoridad', es decir por haberles mostrado las armas de un combate que no dejan de ser suyas aunque las volvamos contra él" (p. 75).

El libro presenta en una forma clara diferentes problemas filosóficos que son muy complejos, por ejemplo el problema de la identidad personal; en este punto propone revisar la tesis de Foucault, quien había asegurado que el nacimiento de las ciencias humanas fue en el siglo XIX: "A la luz del proyecto de Hume, quizás habría que revisar la tesis de Foucault, según la cual las ciencias del hombre nacen en el siglo XIX, cuando el hombre, además de sujeto del saber, se constituye en objeto del saber (*Las palabras y las cosas*, cap. X). Hume formula esta misma tesis como justificación de su proyecto" (p. 55).

Se tematiza también, la influencia político-cultural de la Enciclopedia y la lucha por los derechos de la mujer, pero lo más admirable de todo el libro son las precisiones sobre el pensamiento de Rousseau. En alguna página llega a decir que el rasgo más característico del hombre ideal de la Ilustración es la libertad. También llega a afirmar lo

siguiente: “Si la soberanía popular es, ante todo, el poder de hacer la ley, y si ésta tiene entre los fundamentos de su legitimidad, la libertad, Rousseau es, sin duda, el pensador ilustrado que con mayor coherencia y profundidad ha inventado la libertad moral y política” (p. 102).

Respecto de la dura crítica de Benjamin Constant a Rousseau, donde señala que su error estuvo en haber importado a los tiempos modernos la libertad de los ciudadanos de la antigüedad, lo cual resultó peligroso y anacrónico en la época de la revolución francesa, porque, según el autor liberal, a los hombres modernos les interesa más la privacidad o la libertad entendida como ausencia de impedimento o de coacción. El libro trae la siguiente afirmación de Bobbio que hace pensar en la actualidad de Rousseau: “[...] si la libertad negativa es moderna, la libertad positiva, en vez de ser antigua, es, si cabe, más moderna”.

Rousseau es un autor que todos citan pero que rara vez se lo estudia con suficiente detenimiento: sobre él se han generado las más diversas opiniones. El libro que nos ocupa es abundante en excelentes precisiones sobre la obra del ginebrino y sobre la continuidad de su pensamiento en la obra de Kant. Con respecto a las ideas de “contrato social” y “voluntad general” encontramos importantes notas: se insiste sobre su carácter normativo. El contrato social definido por Rousseau no tiene un sentido histórico o empírico, “sino un significado normativo o de idea reguladora, como ha interpretado correctamente Kant” (p. 92).

Sobre la “voluntad general”, concepto central de la filosofía política de Rousseau, el autor puntualiza lo siguiente: “Hay que tener en cuenta que no coincide con la suma de las voluntades particulares, esto es, no tiene un sentido empírico, sino más bien racional o moral”.

Si se admite que el declive del marxismo ha dejado ver los autores y los temas de la Ilustración, es preciso concluir que el libro del profesor Bello es de gran actualidad e interés, particularmente para aclarar las bases filosóficas del liberalismo y de la democracia, que no son las mismas. Quizá la actitud más clara frente a la cultura moderna sea la de colocarse a la altura de sus ideales y de sus exigencias, la de buscar que cumpla su proyecto emancipador, antes que pretender negar ingenuamente su vigencia apelando a las tradiciones o a las utopías tal como lo hicieron Heidegger en su crítica a la modernidad y Horkheimer y Adorno en su “Dialéctica de la Ilustración”.

Iván Darío Arango
Instituto de Filosofía
Universidad de Antioquia.